

Bloqueo con un yeti en la Casa Blanca



Pastor Guzmán Castro

Las definiciones del vocablo diplomacia, que hablan de sutileza, delicadeza, talento, negociación y otros por el estilo, colapsan estrepitosamente cuando de la política exterior de los Estados Unidos se trata, sobre todo en la era de Donald Trump, donde predominan el exabrupto, la amenaza, el chantaje, el desprecio, la xenofobia y la discriminación, como parte de su modo de aplicar la política internacional, y ello ha sido la tónica hacia Cuba desde el día aciago en que este señor ocupó la Casa Blanca.

Seguramente por esa peligrosa proyección de fuerza en las relaciones internacionales, y por su empeñamiento en desbaratar cada una de las medidas progresistas adoptadas por su antecesor, Barack Obama, es que Trump se ha afanado en emponzoñar las relaciones con Cuba, al parecer con la intención de retrotraerlas a los peores tiempos de la Guerra Fría, recrudesciendo el bloqueo, limitando los intercambios entre sectores sociales y científicos de los dos países e inventando el supuesto *affaire* de los ataques acústicos contra su personal en La Habana, por citar solo algunos hechos.

De Trump se puede decir cualquier cosa, menos que carece de inteligencia, al menos para los negocios, y de ideas, pues las tiene, aunque no pueden ser peores para su país, para sus compatriotas y para el prójimo, por cuanto ha incrementado en flecha el peligro de guerra y puesto en crisis las relaciones de Washington con sus aliados y con el resto del mundo, llevando al paroxismo su consigna de América primero.

En lo que a Cuba respecta, este abominable *homo politicus*, émulo del famoso yeti de las nieves, se ha empeñado en ajustarle el corbatín del bloqueo al prorrogar las medidas de estrangulamiento bajo la Ley de Comercio con el Enemigo, que data de los tiempos de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la cual no se

aplicó contra conocidos multimillonarios estadounidenses que, como los Herbert Walker y Bush, mantuvieron comercio con el III Reich en plena segunda contienda universal, incurriendo en delito de alta traición.

En política, como en el comercio, como en lo social, como en cualquier esfera de la vida, la obtención de un resultado fallido por medio de la aplicación continuada de medidas erróneas nunca llevará al éxito ni a alcanzar mejores dividendos. Ese es el error capital de Donald Trump: el pensar que puede doblegar con las mismas recetas fallidas por espacio de más de medio siglo al pueblo que afrontó ehiesto la amenaza de exterminio atómico durante la llamada Crisis de los Misiles, hace ahora 56 años.

Quien no es capaz de analizar con lucidez el pasado y sacar las debidas conclusiones no podrá tampoco proyectarse con tino en el presente, pues las cosas, como regla, no surgen del aire. Por eso se tropieza tantas veces con la misma piedra y por ello también los politólogos duchos en historia aseguran que esta se manifiesta primero como comedia y se repite tiempo después como tragedia. He aquí la tenebrosa perspectiva que nos depara Trump, porque, además, los escenarios cambian y ya Estados Unidos no posee la misma fuerza relativa de hace 20 o 30 años y hay otros actores potentes en el ruedo.

Así las cosas, con el sabor amargo del fracaso del *show* mediático improvisado hace

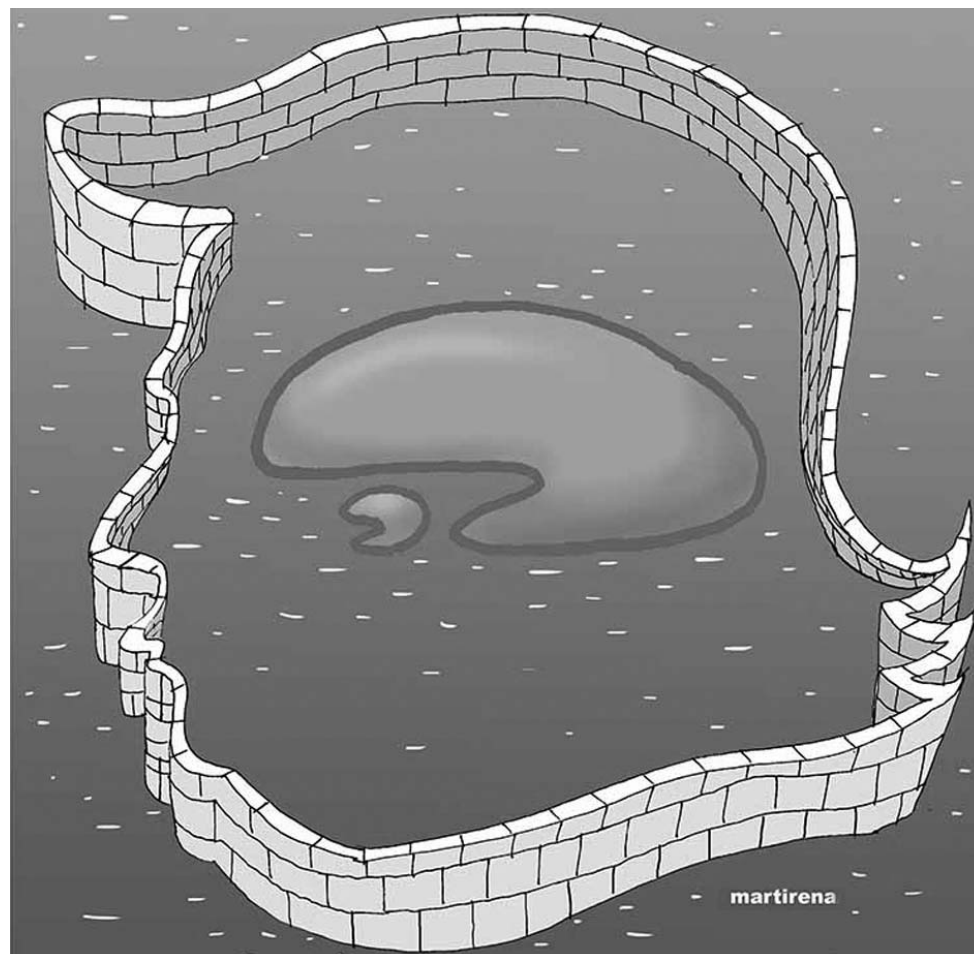
unos días en el marco del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, por la delegación norteamericana, reforzada por personajes como el renegado secretario general de la OEA Luis Almagro y otros de su calaña, la superpotencia se prepara para recibir el próximo 31 de octubre, cuando se debata el proyecto anual de resolución contra el bloqueo presentado por Cuba, la más soberbia de las palizas de los últimos tiempos.

Ello se fundamenta en un grupo de factores, a cada cual más sintomático; a saber, que la comunidad internacional —que siempre ha apoyado a Cuba en estas votaciones— está consciente del accionar negativo de la administración de Trump, que ha echado por tierra los esfuerzos de su antecesor Barack Obama por mejorar las relaciones con la isla y eliminar poco a poco esa guerra económica ilegal, injusta, antiética y abominable que constituye un caso de genocidio, de acuerdo con la Carta fundacional de la ONU.

En segundo lugar, porque muchos gobiernos que, en relación con otros asuntos se cuidan mucho a la hora de dar su voto o pronunciarse por temor a provocar represalias de Washington, se desahogan cuando toca la discusión del bloqueo a Cuba —realizada ya por vigesimosexta ocasión consecutiva—, porque se saben respaldados por el sentir de casi el 99 por ciento de los países del mundo y que la retaliación contra todos no está al alcance del gigante.

Y, en tercero, porque la política exterior de Trump ha llevado a su nación a un empeoramiento notable de las relaciones con los estados que componen la Unión Europea, así como con la mayoría de los países de África y Asia e, incluso, de América Latina, como es el caso de las tensiones con México a propósito de la emigración ilegal y el narcotráfico, y con Honduras, Guatemala y El Salvador, a causa de las sucesivas olas de emigrados que intentan alcanzar territorio estadounidense y son allí maltratados y encarcelados.

Todo lo anterior ha preparado las condiciones para una jornada inolvidable donde, a propósito del tema Cuba, cada nación, incluidos los países pequeños, vean llegado el momento de abofetear al grandulón abusivo que se conduce como un yeti, de forma abominable, en el escenario mundial.



¿Embarazadas sin prioridad?

Era uno de esos días en que todo sale mal. Vas a la institución de servicios a conocer el curso de tu trámite y la puerta, cerrada. Cuando logras entrar, alguien te escucha a regañadientes y explica, en medio de su protesta por la puerta abierta, que hasta la jornada anterior tuvieron “caído el sistema”, y que ahora no reciben público.

Por falta de “sistema” (automatizado, donde digitalizan todo, incluida la solicitud a la que, por petición tuya, deberán responder desde otro punto de Cuba) el trabajo se atrasó, y entiendes por qué en aquel lugar no han recibido ni señales de humo sobre tu apremio. “En los días que lleva llamando, ya habría podido venir y llevárselo usted misma”, había alegado horas antes una solícita voz femenina del otro lado de la línea. Pero los teléfonos del centro, aquí, no responden jamás, y a menos que vayas no sabes lo que pasa. Te

preguntas ahora si los teléfonos serán parte del “sistema”.

Vas masticando tu inconformidad, pensando en cómo digerirla, cuando te encuentras con una embarazada y su madre; esta última hala una balita de gas licuado. Traen caras de pocos amigos y olvidas de súbito tu problema al escuchar su relato, que te parece de ciencia ficción, pero trata de algo acabado de suceder.

La madre, nerviosa aún, cuenta. Llegó a la cola del punto de expendio de gas licuado en el área posterior a la Sala Yara a las 5:30 a.m. y ya había unos cuantos revendedores. No hace falta una bola de cristal para saber que no son consumidores comunes: andan con siete tarjetas cada uno y sus respectivos depósitos. El joven de adentro, el que vende, le pide a uno que “coopere” para poder “ayudarlo”.

Ellas, ignoradas por el grupo de hombres, aunque la mujer marcó de

los primeros números y el contrato está a nombre de la gestante. Uno de los “coleros” exhala un fuerte aliento etílico y riposta constantemente. Otro reclama que ese es “su trabajo”, que él vive de eso. Afirma, en tono irónico, que si no tiene patente de trabajador por cuenta propia es porque no lo dejan. Y hay más de 30 tarjetas recogidas desde el día anterior.

Exactamente a las 9:15 a.m., en plena calle, me cuentan la mejor parte de la “película”: la madre quería llamar a la Policía, pero ella se echó a llorar, cuando “el muchacho que vende el gas” les dijo que las embarazadas no tenían prioridad allí. Así, con todas sus letras y sin que se le tensara un músculo de la cara. Sin conmoverse ante la prominente panza que en pocas semanas estará desinflada. Sin reparar en madre desvelada, en piernas hinchadas o en rostros con ira y desesperación entremezcladas.

Sentí un súbito acelerón de los latidos en el lado izquierdo del pecho. Mientras me condolía de las dos mujeres, volví a mi mente una escena vivida a comienzos de 1984 en la Terminal de Ómnibus de Santa Clara. Un funcionario público, de esos que se supone ayuden a que el tráfico fluya bien, me negó, al regreso del centro donde entonces trabajaba, la posibilidad de abordar un ómnibus.

Aquella tarde el número se me había pasado mientras iba a comer una pizza, allí mismo, para mitigar el hambre de mis siete meses de embarazo. Y así, de manera tajante, él me petrificó: “Solo puedo darle prioridad si trae un papel del médico donde diga que usted se siente mal”.

Pensé que a estas alturas cosas así no sucedían. Es cierto, muchos varones (también alguna que otra hembra) se hacen los ciegos ante la aparición de una futura madre con toda la evidencia



Delia Proenza Barzaga

necesaria para saber de su condición. Es cierto, las cosas han cambiado tanto que la gente a menudo no habla, sino ladra. Es cierto, a veces los afectados no obran de la manera conveniente y callan sucesos donde se requiere la intervención, cuando menos, de alguna autoridad directamente vinculada con el lugar donde sucedió el absurdo.

Pero la descomunal falta de respeto del expendedor de gas fue superada casi al instante, por él mismo, cuando, al escuchar los reclamos de una madre protectora y decepcionada, le espetó: “No te me pongas pesada, tía, que al final vas a tener que morir conmigo”. Y yo, obligada a abstenerme de publicar sus nombres por solicitud de ambas, debo conformarme con una reflexión casi maquiavélica: ¿será?